

Las carretas

M. S.

Ya nuestras famosas carretas van desapareciendo. En su lugar tenemos miles y miles de vehículos motorizados de todos los tamaños que año tras año las relegan aún más. Sin embargo, de vez en cuando aparece todavía en nuestros caminos alguna carreta, siempre lenta, siempre con sus alegres cantares y, sobre todo, siempre segura. Porque la carreta es el vehículo más seguro que se ha ideado.

—Mañana tengo que levantarme temprano, Juana, porque tengo que ir a dejar un flete a Escazú.

—Va a llevar almuerzo o almuerzo cuando viene?

—Sí, voy a volver temprano. Y si acaso me da hambre me tomo un fresco de sirope y un tostel.

A las tres de la mañana doña Juana está haciendo el café. Y mientras está preparándolo, don Filemón va al potrero a traer los bueyes. Para eso se hace acompañar de su hijo mayor, de 15 años, Gerardo.

—Qué raro; no se ven en el higuerón. Alumbrá con el foco este lazo... ah, tampoco. Onde se habrán metido?

—Ultimamente se estaban averguenciando por el bajillo de los guabos; seguro porque en el potrerillo de ñor Vindas echaron una vaquilla qu'estaba escalentaa...

—Ah no; ya sé. Es porque ñor Vindas tiene un saladero por allí y los bueyes se arriman por el olor. Hijo! Hace días que no salamos. Acordame otra d'echales un buen puño en el vástago.

Finalmente encuentran la yunta. Media hora más tarde están enyugados, listos para "pegarlos" a la carreta. Don Filemón, antes de partir, se "repella" bien con una enorme "arepa", que ha "echado" doña Juana, y un buen jarro de café. Y su hijo no se queda atrás.

—Bueno, tenés que mandar a traer algo al centro?

—Sólo una libra de arroz. De too tengo poco pero como mañana es sábado mejor compro en San José.

—No te olvidés de que hay que soltar hoy la ternerilla. Ya está bastante grande pa que ande en el potrero.

A qué hora l'amarro?

—Por aí de las once. Pero seguro a esa hora ya hemos venio nosotros; sólo tengo que llevar el fletacillu'ése.

—Ah bueno. Entonces no se le olvide el arroz... ah, y una libra'e candelas.

No queda más qui'un cabito.

A las cuatro de la mañana ya están en marcha. Habían dejado la carreta cargada la noche anterior por lo cual ganaron tiempo para llegar al centro "con la fresca".

Mientras la carreta avanza don Filemón conversa con su hijo.

—Qué cosa; cómo pasa el tiempo! Antes sí qu'era bonito bueyiar. Tanta carreta que había! Me acuerdo cuando nosotros vivíamos en San Miguel'e'samparaos. Ah cuatro tostaos bajaban a San José!

—Usté tenía bueyes suyos?

—Sí. Papá me había comprado una yuntilla de alazanes cachos al tiro qu'eran nonis pa jalar. Veníamos hasta treinta carretas. Era un bullerío el que se oyía! A veces se juntaban los de Santa María y San Marcos, que se setiaban en El Higuito, y entonces cuando entrábamos a San José, a las cuatro de la mañana, era un escándalo que daba gusto. Y cómo cantaban esas carretas!

—¿Cómo era el cuento aquel del que se levantaba de noche?

—Muchacho, ya te lo he contado un montón de veces. Pos era uno d'ésos que son sorámbulos, qu'es que de noche se levantan y hacen cosas. Pos una noche se levantó dormío y jue al potrero, amarró los bueyes, qu'eran muy mansos, los enyugó, cogió el chuzo, se encaramó a la carreta y echó los bueyes a caminar pa San José. Pos no se va despertando onde Juan Elias, por Plaza Víquez? Eran las seis de la mañana y too el mundo se quedaba viéndolo y se rían d'él.

—Hijo; y por qué era?

—Hacete; si ya sabés el cuento...

—No, de verdá no me acuerdo...

—Pos porque venía chingo, en calzonillo. Ah vergüenza se llevó! Yay, lo único qu'hizo fue volver la yunta y acurrucarse en el fondo'e la carreta. Pos no tenemos qu'ir muy largo; a yo me pasó una vaina una vez cuando jalaba cal de Patarrá. En la taranta'e la madrugada no me voy poniendo los zapatos mal y cuando llegué a San José y amaneció no venía con uno amarillo y el otro negro? Ah risa que les agarró a todos los malvaos carreteros! Pero pa yo era una vergüenza caminar por la suidá así.

—Y qu'hizo?

—Pos coger un puño'e cal y arrimame a un caño y pintar los dos de blanco.

Yay, quedaron feos pero pior era como estaban...

A las diez de la mañana, cumplida la misión, don Filemón y Gerardo están de regreso. Un buen "cajón de tollo" espera a los bueyes. Y un jarro de "aguadulce" a padre e hijo, mientras "está el arroz" para el almuerzo. Luego el descanso y algunas otras historias que Gerardo le pedirá a su "tata", historias que le encantan aunque las "haiga oyido" mil veces. Dichoso.